

EUROPA: CRISIS, GUERRA Y CAMPOS DE CONCENTRACIÓN. CÓMO EVITAR QUE LA HISTORIA SE REPITA, EN EL S.XXI

I was very frank that our job is to deliver political answers, not just to contribute to academic seminars. There are many excellent ideas, but what matters is agreeing on the best option. And those are the ones we are taking.

Durão Barroso, Brussels, 16 December 2010.

*Cuando se empuña la espada,
las pasiones de los hombres no tienen límites.*

Alexander Hamilton

La oportuna convocatoria de EUROBASK nos ha reunido en este nuevo encuentro, en el lugar adecuado: el palacio Europa de Vitoria-Gasteiz. Un encuentro que tiene como telón de fondo y *leit motiv* a las próximas elecciones europeas, y que me obliga a considerar, a fuer de ser breve, lo que preconiza la necesaria aportación histórica al caso. El análisis técnico que aquí se plantea, también, relativo a diversas cuestiones jurídicas o politológicas, requiere de manera inexorable un paso previo. Paso que no conviene cometa el mismo error que el que se reproduce al analizar los grandes procesos, generalmente, sin tener en cuenta al pasado inmediato.

No puede entenderse por ello como un tema ajeno a la cotidianidad de todos nosotros la evocación histórica de determinados precedentes –algunos de ellos fatales– y la realidad de nuestro presente. Hablar de integración europea, y de aquello que funciona o de lo que debe implementarse, implica resonancias cotidianas para una ciudadanía que exige de manera ostensible la garantía de lo que se ha construido, aunque no exento de déficits o errores, pero para bien de todos los partícipes del proyecto europeo.

Debo responder por tanto a lo que se me ha pedido, y lo hago en calidad de historiadora. Sin aureolas victimistas, pero evocando la sombra de la guerra como fenómeno que estuvo en el origen. Como repiten innumerables autores, los cambios desde la Modernidad hicieron patente que la ilusión de la *Pax perpetua* kantiana quedó superada y nuestro mundo, en este siglo cargado de incertidumbre, establece certezas que quedan descodificadas y re-codificadas de manera imprevisible. Esta dinámica forma parte de un modelo en el que lo global se diluye en contradicciones imposibles de calibrar, aunque las soluciones se hagan cada vez más necesarias. No obstante, hace tiempo ya que la propuesta de la superación del tiempo *corto* en Historia se instaló entre los más respetables miembros de la historiografía posmoderna, y como tal, no caben lecturas deterministas, pero tampoco plagadas de idealismo irracional.

“Para que la Historia no vuelva a repetirse”, se intitula esta intervención... La versión de un proceso –históricamente hablando– puede ser diverso. No es unívoco. *Siempre* significa: en todo momento, constantemente; y *se repite* implica algo que sucede –una y otra vez– sin excepción. Por consiguiente, la afirmación supone que un suceso debe ocurrir normalmente, en la misma situación, una y otra vez, a tenor de idénticos factores que puedan influenciarlo. Pero no es así. Es el hombre el que actúa de manera idéntica, aun cuando la Historia no tenga por que repetirse.

Ahora bien, si nos acercamos epistemológicamente a la *historia inmediata*, en el futuro de una nueva Europa, la guerra sigue pivotando todavía como fenómeno y como amenaza en muchos lugares. En Ucrania ha sobrevolado como posibilidad muy recientemente.

Este encuentro se plantea, sin embargo, *Reflexiones ciudadanas para el cambio*. Cambios que nos colocan en posición muy incómoda. Del mismo modo que el proceso de construcción europea ha experimentado diferentes fases de crisis y desarrollo, la historiografía ha evolucionado desde los primeros trabajos que en los setenta pusieron el acento en la figura de los llamados “padres fundadores” y en los Estados como principales protagonistas de la integración, hacia un nuevo relato en el que actores no gubernamentales, conceptos como el de europeización, supranacionalismo o espacio público europeo fueron encontrando cabida, en la misma medida que fueron definiéndose nuevas políticas comunes.

Entendida en clave triunfalista por parte de las mismas instituciones europeas, el discurso oficial convierte la historia de la integración europea teleológicamente en un producto exitoso: la Unión Europea. Sin embargo, la crisis económica, política e institucional de los últimos años parece haber inaugurado un nuevo discurso, escuchándose cada vez más un análisis de marcado carácter revisionista, escéptico, por no decir derrotista. Lo que antes era analizado en clave de éxito, hoy parece reinterpretarse poniendo en cuestión hechos que parecían incontestables.

La reinterpretación crítica da paso –de este modo– a nuevos temas de investigación histórica, como el derecho europeo dentro del derecho internacional, el discurso no sólo de los “padres fundadores”, sino el de los actuales gestores, o bien las fórmulas negociadoras, en vista de nuevas adhesiones etc.

Hemos de debatir y reflexionar, por tanto, sobre cómo nos enfrentamos todos, y en especial los ciudadanos, no sólo los intelectuales, al proceso de la construcción europea.

De la misma manera que los politólogos tienden a asumir en sus estudios la idea de que las crisis suponen un revulsivo, cabe preguntarse cuál es el efecto que estas tienen en la historiografía, llamando a una reflexión crítica sobre el futuro de la disciplina que trate, como intento hacer yo esta tarde, de dar claves para comprender este proceso histórico en sus diversas fases de estructuración. Debe haber propósito científico en el estudio de estos cambios y nuevas dinámicas abiertas para Europa, aunque hoy me resulte inviable contribuir, sino muy modestamente, en tono divulgativo. Y en este discurso, no cabe un tono de grisalla moral. Tampoco de escepticismo ramplón, aunque haya razones para el escepticismo. La memoria histórica, al menos en mi caso, me lo impide.

Hemos superado el estigma del enemigo mítico, y por ello, a mi parecer, ser europeo *sin ganas* se convierte en una trivialidad a descartar. La gratuidad de la pertenencia se manifiesta al igual que la inmensidad de un espectro en el que los acordes de pasados conflictos bélicos todavía resuenan, lo cual motiva a no eludir la valoración ética y moral de lo que históricamente es Europa y lo que todavía debe llegar a ser.

No es mi intención detenerme en describir cuáles han sido los nexos entre diversos quehaceres sociales significativos, ni siquiera en las formas de beligerancia asociadas a lo que Europa protagonizó en décadas pasadas del siglo XX. Pero el vademécum de la guerra tuvo síntomas que son bien conocidos. La teoría “clásica” de la guerra fue postulada a inicios del siglo XIX, pero ya no se libran guerras con los patrones de actividad que observó Von Clausewitz. Las conflagraciones entre Estados nacionales mediante fuerzas regulares son prácticamente una rareza hoy; sin embargo, es obvio que desde entonces hasta hoy hayan existido muchas más guerras. El problema es que estas otras no resultan completamente aprehensibles desde la teoría clásica. Desorientados, muchos analistas han renunciado al uso del término “guerra” reemplazándolo por “conflicto armado”; pero el eufemismo no disimula el problema. Por otra parte, los actores (estatales y no estatales) de la violencia se han multiplicado. Las viejas y nuevas categorías al estudiar el fenómeno obligan a considerar desde lo cognitivo, por tanto, el fenómeno.

La simple referencia de los campos de exterminio –como el construido tras la invasión de Polonia por los alemanes, el complejo de campos de concentración de Auschwitz– el mayor de los establecidos durante el régimen nazi, constituye una referencia cargada de simbolismo, un antídoto frente a actitudes de euroescepticismo banal o marcado por una ideología ultra, del signo que sea.

Por consiguiente, tener presentes las variaciones que ocurren entre un orden bélico y otro, así como las innovaciones que aparecen en determinadas situaciones políticas en el siglo XX nos llegan asociadas a diversas personalidades y a determinadas propuestas que no podemos ignorar.

Como la propaganda oficial destaca, la Unión Europea es un modelo de integración de Estados insólito en el panorama internacional. Sobre la base de la cesión de soberanía en materias fundamentalmente económicas, los países deben acatar normas y sentencias comunitarias, con el fin de crear un verdadero mercado único, desarrollar diferentes políticas económicas comunes y consolidar una Unión Económica y Monetaria. A lo largo de los años de recorrido del Tratado de Roma, la UE siempre ha tenido ante sí retos que superar, y este comienzo del siglo XXI no ha sido una excepción. De la Comunidad Europea del Carbón y el Acero (CECA) 1951, a la Comunidad Económica Europea y EURATOM 1957, luego hacia la Europa de los Doce, pero antes, la creación del Benelux (1948), el Plan Jean Monnet y la Declaración Schuman (1950)... Todos estos pasos podrían glosarse metafóricamente a través de la frase de la declaración Schuman: “La contribución que una Europa organizada y viva puede aportar a la civilización es indispensable para el mantenimiento de unas relaciones pacíficas”.

El llamado *padre de Europa*, proclamado por el Parlamento Europeo el 19 de marzo 1958 inició un periplo que ha ido jalonado por más de sesenta años de paz. Los gobiernos europeos, decididos a evitar otra terrible contienda, llegaron a la conclusión de que la fusión de los intereses económicos contribuiría a aumentar el nivel de vida y constituirían el primer paso hacia una Europa más unida. Años después, en junio de 1999, con el fin de destacar su importancia, el Consejo Europeo de Colonia consideró oportuno recoger en una Carta los derechos fundamentales vigentes en la Unión Europea (UE)¹.

"La paz mundial no puede salvaguardarse sin unos esfuerzos creadores equiparables a los peligros que la amenazan". Ideas como esta o la que subraya: "Europa no se hará de una vez ni en una obra de conjunto: se hará gracias a realizaciones concretas, que creen en primer lugar una solidaridad de hecho" han inspirado no sólo teorías, sino praxis. Aunque esta deba implementarse a futuro, obviamente.

La Unión Europea se basa en el “Estado de Derecho”. Esto significa que todas las acciones que emprende se basan en los tratados, que han sido aprobados voluntaria y democráticamente por todos sus países miembros.

Desde la primera ampliación comunitaria (GB, Irlanda, Dinamarca) en 1972, y superada después la crisis petrolífera de 1973, la euro-esclerosis fue seguida de una crisis comunitaria que dio paso a una nueva etapa. Con la nueva década (años 80) el eslogan fue hacia la

¹ De acuerdo con las aspiraciones de los Jefes de Estado o de Gobierno, esta Carta debía contener los principios generales recogidos en el Convenio Europeo de Derechos Humanos de 1950 y los derivados de las tradiciones constitucionales comunes de los países de la UE, así como los derechos económicos y sociales enunciados en la Carta social europea del Consejo y en la Carta Comunitaria de los Derechos Sociales y Fundamentales de los Trabajadores, así como los principios que se derivan de la jurisprudencia del Tribunal de Justicia y del Tribunal Europeo de Derechos Humanos. La Carta fue elaborada por una convención compuesta por un representante de cada país de la UE y de la Comisión Europea, así como por miembros del Parlamento Europeo y de los Parlamentos nacionales. Fue formalmente proclamada en Niza en diciembre de 2000 por el Parlamento Europeo, el Consejo y la Comisión. En diciembre de 2009, con la entrada en vigor del Tratado de Lisboa, la Carta adquirió el mismo carácter jurídico vinculante que los Tratados. A tal efecto, la Carta fue enmendada y proclamada por segunda vez en diciembre de 2007. Incluye un preámbulo introductorio y 54 artículos distribuidos en 7 capítulos.



Europa de los Doce. Y de ahí a la incorporación de Grecia (1981), España y Portugal (1986), y al Acta Única Europea. Los acuerdos (entre otros, el de Schengen de 1985) y la nueva generación de políticos europeístas: Kohl, Mitterrand, González, Delors, etc. precedieron al Tratado de Maastricht, 2 de febrero 1992. La respuesta comunitaria al desafío interno y externo fue decisiva, y sin pérdida de perspectiva histórica habría que enfatizar los cambios de vértigo acontecidos desde 1989 (caída del muro, desintegración de la URSS y del bloque...). Tras Maastricht se consagraron dos principios: SUBSIDIARIDAD y CIUDADANÍA EUROPEA. Y llegaría la Unión Económica y Monetaria, tras la firma de 1993 –Tratado de la Unión Europea– con dos fases (convergencia y creación del Banco Central Europeo). La tercera: con la sustitución de las monedas nacionales señaló el rumbo del pacto de estabilidad y crecimiento. En 1995 (Suecia, Austria y Finlandia) se adherían y dos años después se firmaba el Tratado de Amsterdam, 2 de octubre 1997. Con la Agenda 2000: la ampliación geográfica, revisión de perspectivas financieras, revisión de los Fondos estructurales y de cohesión, política agrícola fueron los nuevos retos. El Tratado de Lisboa entró en vigor el 1 de diciembre de 2009. De tal manera que el Tratado “dota a la UE de instituciones modernas y perfecciona sus métodos de trabajo para poder afrontar con eficacia los desafíos del mundo de hoy” (...). “Refuerza la democracia en la UE y mejora su capacidad de defender día a día los intereses de sus ciudadanos”. Tras la adhesión de Croacia, muy recientemente, el 1 de julio de 2013, la Unión reúne ya a 28 países miembros.

Sin embargo, hoy hemos de preguntarnos, con la excusa de la exuberante muestra de ejemplos icónicos sobre el famoso *mito del rapto de Europa* que históricamente acumula el Arte, si estamos actualmente ante ¿un rapto... o una huida?

Es evidente que hay una UE central y otra periférica, lo que a su vez puede sembrar dudas entre quienes abogan por la identidad común y la pertenencia al club.

Pero no cabe negar aquello que se ha expresado recientemente sobre la UE por Olaf Böhnke, del Consejo Europeo de Relaciones Exteriores, al calificarla como "un triángulo mágico". "El primer ángulo es la seguridad, el segundo es la dimensión cultural y de identidad y el tercero es el interés económico", expresó en declaraciones a BBC Mundo, desde Berlín.

No caben actitudes espurias. El Capítulo V del Tratado de la UE establece sobre ciudadanía la capacidad ligada al derecho a ser elector y elegible en las elecciones al Parlamento Europeo y derecho a ser elector y elegible en las elecciones municipales, derecho a una buena administración, derecho de acceso a los documentos, Defensor del Pueblo Europeo, derecho de petición, libertad de circulación y de residencia, protección diplomática y consular.

El porcentaje de participación en las elecciones de 2009 fue de un 43%, todo hace esperar una tendencia a la baja que habría que analizar con sensatez. Más allá de las aseveraciones intelectuales, vengan de quienes vengan, el ciudadano/a europeo/a debiera forjar críticamente sus prioridades a la hora de sopesar ventajas y desventajas.

Jürgen Habermas ofrece, con su peculiar tono, esa perspectiva de Europa, referenciando una historia de desequilibrios geopolíticos entre centro y periferia, sólo que ahora de carácter financiero. “Ante el déficit institucional en la construcción del euro, en lugar de una lógica *federal* que entra en conflicto con la lógica *intergubernamental*, defiende proseguir la integración; la crisis ha dado alas al fantasma del egoísmo nacional, la lógica de las fuerzas centrífugas”.

Josep Borrell en *Economistas frente a la crisis* señalaba, por otra parte, la ausencia de un “demos” europeo que sea el sujeto de la “unión de transferencias”; y al igual que se acabó con la guerra de monedas entre las distintas economías con el euro, hoy, argumentaba sobre la necesidad de acabar con los desequilibrios causados por los diferentes niveles de competitividad entre países a partir de la unión de las deudas.

Esa renuncia de una Europa conforme a la democracia, Habermas la equipara, según varios analistas, al error cometido en agosto de 1914 por la socialdemocracia, a saber, ante el temor de ser identificado con el “enemigo interior” (Carl Schmitt) desfiló junto a los nacionalistas

camino a la guerra. "En cierto modo, la política como tal, la política en singular, se ve desafiada por esta necesidad de regulación: la comunidad internacional de Estados tiene que desarrollarse en el sentido de una comunidad cosmopolita de Estados y ciudadanos del mundo".

Finalmente, Gianni Vattimo, el filósofo hermeneuta, explicaba hace pocas fechas la manera como se está "imponiendo un tecnofascismo en todos los Estados europeos, a través de la *neutralización técnica de la política* por la ciencia económica que impone sus dogmas y leyes como si fueran científicos y, por tanto, incuestionables y supuestamente neutrales y objetivos". Según su visión, estas leyes científicas económicas que "han impregnado los programas políticos tanto de los partidos de derecha como de izquierda, haciéndolos prácticamente iguales", han dado lugar a las políticas de austeridad como solución única a la crisis económica. La conferencia, dictada en Madrid, el 12 de noviembre de 2013 ("La política en la época de su neutralización técnica en Europa y en las potencias emergentes", en La Casa Encendida) organizada por Le Monde Diplomatique conduce inevitablemente a la pregunta siguiente. Pero ¿acaso el proyecto de una Unión Europea no va precisamente dirigido a superar este estado de «acuerdo insolidario» propio de las «biocenosis salvajes» para conseguir la transformación de la Europa de los combatientes en una Europa de las personas libres, solidarias, democráticas... dentro de una comunidad fraternal universal?²

Por eso creo que la nueva convocatoria electoral no puede dejarnos en ese estado de permanente asombro que sólo contabiliza fisuras y que no plantea las posibles reformas desde dentro y desde fuera, gracias al elocuente gesto de la ciudadanía de no renunciar a su derecho de participación. En un acto en el que vaya adherido, eso sí, su rechazo a los errores, y su crítica ante la esclerosis institucional y ante los desequilibrios decisorios de las políticas que debieran decantarse, con claridad, haciendo frente a los graves problemas de toda índole que afectan a nuestras sociedades.

² BUENO, G., «España frente a Europa». 1999.